

José Emilio Burucúa, *Excesos lectores, ascetismos iconográficos. Apuntes personales sobre las relaciones entre textos e imágenes*, Buenos Aires, Ampersand, 2017, 233 páginas.

La felicidad del conocimiento, la emoción educadora, el llanto cicatrizante, la risa satírica, lúdica y redentora (9) han sido los efectos de la lectura en la vida del crítico de arte José Emilio Burucúa (Buenos Aires, 1946), premiado en 2016 con el Konex de platino. Simplificando un poco quizás, podríamos sostener que la lectura, ha sido y es –según esboza en estas páginas– su alegría y su consuelo.

El título del libro, por cierto, plantea una contraposición rutilante entre la frondosidad y espesura de los libros leídos y, por esto, recordados y desplegados en el relato, y la austeridad de las imágenes. *Prima facie*, pareciera un contrasentido en un intelectual que ha hecho de su derrotero profesional un sostenido estudio de las imágenes. No obstante, aunque quizás un tanto equívoco en la segunda parte del mismo (“ascetismos iconográficos”), vislumbramos en este título un gesto que Burucúa quiere dejar asentado: en realidad, la palabra es soberana en su itinerario académico, es decir, el *verbum* reina. Acaso esta desproporción o desavenencia planteada en el título, moldea su intemperancia: contraponiendo palabra e imagen, optará enfáticamente por la primera.

Por otra parte, en el subtítulo “Apuntes personales sobre las relaciones entre textos e imágenes”, el sintagma “apuntes personales” condensa, de algún modo, esa noción que en el texto se presenta en franca diseminación: la autobiografía como copia en borrador (70). Si esta es –a secas– su “biografía libresca y lectora” (110), las pinceladas de recuerdos, que incluyen libros, tributos a sus maestros y gratitudes a sus discípulos, dejan de lado la arrogancia y la opacidad del comentario encomiástico para dar lugar a la intimidad: Burucúa refiere sus experiencias en primera persona, descubre el velo de la remembranza y deja brotar en ese intersticio sus “asuntos contradictorios, sin rumbo, un oxímoron perpetuo de alegría en sombras” (67), frente a la mirada curiosa y fisgona del lector.

Por momentos, el tono parecería sucumbir ante los encantos de la prosa explicativa en torno a la obra de arte y pulsar por tomar el hilo del relato; sin embargo, en algunos fragmentos prevalece la escritura –cual “ristra de nombres y sensaciones aluviales” (67)– cuya tónica es la confesión y la confidencia. Es así como entre el gozo libresco y la gratitud,

entre el análisis de algunas obras de arte y los recuerdos familiares, campea “la tenacidad de la culpa que golpea y desespera” (110) y su congoja por los errores cometidos. Por ejemplo, expresa: “me gustaba parecerme al unicornio, siempre portador de la bestialidad de la culpa, desarmado por la belleza e ilusionado de que aquel mismo exceso del pecado reconocido, y mil veces sentido, si bien no sirve para salvarme, sirviese al menos para eliminar la ponzoña que amenaza al prójimo” (178). Aunque también ensaya un *confiteor* en estos términos:

“Tuve buenas intenciones, en apariencia pero, en el fondo, solo la soberbia y una lujuria indomeñable, oscura, cargada de pánico, confusa, una lujuria que siempre conservé y ha sido la causa remota de todas mis catástrofes morales, alimentada entonces por la crispación perversa de una vida militar no resistida, me llevaron a seducir a una compañera de estudios y, peor aún, a abandonarla a su suerte que, en el mejor de los casos se perfilaba compleja y triste debido a un embarazo” (110).

Como vemos, un desahogo abisal, una confesión íntima.

Paralelamente, esta (auto)biografía lectora y libresca, que se presenta en franca progresión diacrónica, está anudada a la historia argentina: por eso, sus itinerarios educativos y culturales, su paso por el Colegio Nacional Buenos Aires, su morar en Ushuaia durante el Proceso, su perenne diatriba con el peronismo y su estadía en Italia son mojones de una historia personal cuyo trasfondo histórico se amplifica y envuelve los recuerdos.

Ahora bien, los *excesos* que atraviesan este libro son, quizás, en primer lugar, *encuentros*: con su tío Jean de quien aprende francés, con la predilección de su madre por la narración espontánea, con su abuelo Cándido quien ahorró para regalarle su primera biblioteca, con entusiastas docentes, con su esposa, con sus maestros, con apasionados colegas. Luego, la vida mediante los libros transitados, desde su primer contacto –una *Ilíada* para niños– no puede dejar de transformarse, al apropiarse de otras múltiples lecturas que son encabalgadas y descriptas en esta crónica.

“Niñez y esperanza”, “Adolescencia, tristeza y comedia”, “Juventud, felicidad y tragedia”, “Madurez y culpa”, “Ancianidad: una reconciliación que huye” son los cinco capítulos propiamente dichos más un “Agradecimiento a los editores” (que incluye a todos los editores de su vida, desde sus primeros libros a este, su último) y una página introductoria que comienza con la frase “A nadie se dio venenos en risa”, que Burucúa parafrasea: “Nunca me dio veneno la lectura” (9). Solo las cartas de reproches escritas por sus hijos le produjeron heridas ciertamente merecidas, según relata.

El libro presenta asimismo ilustraciones a color y en blanco y negro de algunas obras de arte: “El beso de Judas” del Giotto, “La degollación de san Juan Bautista y banquete de Herodes” de Bartholomeus Strobel, “Los tres filósofos” de Giorgione, entre otras. Y contiene una extensa lista de los libros mencionados.

En el capítulo “Madurez y culpa”, Burucúa ensaya un elenco de maestros: están presentes Roger Chartier, Fernando Bouza Álvarez, Robert Darnton, Natalie Zemon Davis, Giancarlo Nonnoi, Anthony Grafton, y Carlo Ginzburg. Del mismo modo, desglosa una nómina de sus dirigidos en itinerarios doctorales, a quienes agradece la apertura de nuevos horizontes de conocimiento: el repertorio incluye a Laura Malosetti Costa, Marta Penhos, Ezequiel Adamovsky, Nicolás Kwiatkowski

Ahora bien, podríamos preguntarnos: ¿cómo lee Burucúa? El último capítulo, antes de la nómina de textos mencionados en el volumen, ensaya una respuesta que nos remite al momento presente de su vida: Burucúa lee “paladeando como un plato de la *Cena de las cenizas*” (180). Lee “a sorbos”: “paso del uno al otro sin orden ni concierto, hasta que, pasados los tres cuartos de cualquiera de ellos, me diga que llegó el momento de agotarlo hasta el final”. En ocasiones, también lee subyugado bajo los influjos de un hechizo, como con el “*Requiem para otro tiempo*, novela de Krishna Baldev Vaid, que tradujo del indi al francés mi amiga Annie Montaut y me tiene algo embrujado con el salto de la vida desopilante, rabelesiana, de unos adolescentes en una qasba del Punjab a las devastaciones que, en el mismo grupo de muchachos, provoca la partición de 1947 entre India y Pakistán” (180).

En fin, él dirá que lee con dilación y demora, “morosamente” (180). Quizás esto no sea más que otro equívoco, como el del título, y podamos decir que en realidad atraviesa *amorosamente* sus textos más preciados: el *Quijote* regalado por Roger Chartier y la *Historia del Genji*, comprada en la librería Attic Books, “uno de los lugares más felices del planeta” (181).

Por otra parte, también en este libro están presentes —enhebradas a la lectura— la música, las ciencias duras, la matemática, la familia, las ilusiones, la universidad, la muerte. Sobre esta última expresa: “Estoy convencido de que, en realidad, en el tránsito, los seres humanos hacemos una lectura abisal y absoluta del libro de nuestras memorias” (210).

Para finalizar, podríamos subrayar que este volumen recoge no solo las lecturas transitadas sino las que quedan por transitar. En otros términos, Burucúa se plantea como lector aunque también y no menos importante, como el lector que quiere ser, o bien, como el lector futuro de todo lo que queda por leer.

María Florencia Antequera

(Instituto de Historia, U.C.A.)